

Conversión inicial y conversión profunda

Después de la Cuaresma, tiempo ideal de conversión... ¿cómo estás para celebrar la Pascua de Resurrección? ¿Lograste algún cambio? ¿Te pareces más a Cristo?

Hagamos una sencilla reflexión...

Los evangélicos y algunos católicos insisten muchos en la conversión inicial, que es aceptar a Dios como Salvador: Jesucristo murió por mis pecados y me ha salvado. ¡Maravilloso! Pero quedarse en este escalón empobrece la vida cristiana. Conseguida la conversión inicial, dicen que se deben cumplir los mandamientos por amor... pero nada hacen para cambiar de vida. Los evangélicos lo sostienen porque la persona humana está corrompida por el pecado y solo Dios puede cambiarla y mejorarla: queda fuera de nuestro alcance lograr algo más. Y algunos católicos afirman que ellos ya están convertidos, creen, oran a Dios en su corazón y se confiesan con Él, así que les basta el arrepentimiento interior.

La conversión inicial es indudablemente imprescindible. Existen muchos cristianos que nunca la viven, pues recibieron la fe por herencia y la siguen por inercia, si es que no la pierden.

Conviene, pues, distinguir entre conversión inicial y conversión profunda. ¿Por qué? Porque **el seguimiento del Evangelio reclama una conversión continua, cambiar cada día las actitudes que tenemos ante Dios o ante los demás; cambiar los valores personales para buscar los bienes que propone el Señor y no los que nos ofrece la publicidad; cambiar los hábitos que adquirimos para comportarnos lo más parecido a Jesucristo. Necesitamos la conversión profunda.**

Conversión es igual a transformación. Es el cambio de disposiciones interiores y de conducta diaria, que nos cambia a personas diferentes. Asumamos que es difícil. Pero es mejor el triunfo costoso que la apatía desabrida. **Catholicnet ofrece sugerencias sazonadas en estas páginas para conseguirlo.**

El difícil camino de la conversión

Pedro Sergio Antonio Donoso Brant
Catholic.net

¿Es la conversión un rayo fulminante que nos arroja al piso como tiró a San Pablo del caballo? **Normalmente, no.** Sea la conversión de alguien muy alejado de Dios o sea de quien lleva un cristianismo insípido, el cambio para seguir el Evangelio con energía procede con los pasos que se exponen a continuación. Es verdad que cada individuo tiene un proceso muy personal. De todos modos, **se repiten etapas muy semejantes**, cuyo conocimiento facilita el crecimiento en la fe.

La conversión

La conversión de Pablo se realiza a través del sufrimiento. Se puede decir que antes fue derrotado en él Saulo, el perseguidor, para que pudiera nacer Pablo, el Apóstol de los gentiles. Sólo gracias a un proceso constante de conversión y renovación el hombre avanza por el arduo sendero del conocimiento de sí, del dominio de la propia voluntad y de la capacidad de evitar el mal y hacer el bien. **No quiero decir que el camino de la conversión sea fácil. Cada uno sabe lo difícil que es reconocer los propios errores: solemos buscar cualquier pretexto con tal de no admitirlos.** Pero así experimentamos la gracia de Dios, su amor que transforma y hace concreto lo que aparentemente parece imposible obtener. Sin la gracia de Dios, ¿cómo podemos entrar en lo más profundo de nosotros y comprender la necesidad de convertirnos? (Juan Pablo II, 25 de marzo de 1999).



SS BENEDICTO XVI, EN EL ENCUENTRO CON EL CLERO DE ROMA, LES ENSEÑA;

No podemos pensar en vivir inmediatamente una vida cristiana al ciento por ciento, sin dudas y sin pecados. **Estamos en camino, necesitamos convertirnos poco a poco.** La conversión fundamental es un acto que es para siempre. Pero la realización de la conversión es un acto de vida, que se realiza con paciencia toda la vida: no podemos hacernos cristianos perfectos en un momento (Benedicto XVI, 6 marzo 2007).

Primer paso para la conversión: arrepentimiento

Los santos dieron testimonio de ser y haber sido pecadores, de sentir debilidad, de tener pobreza de sentimiento en sus almas, pero se arrepintieron y se convirtieron a Cristo. El arrepentimiento es transformación y cambio de actitud. Arranca con una experiencia de encuentro con Jesucristo, pero, **quien no se arrepiente, por mucho que intente conocerle, no avanzará.**

Quien no se arrepiente, vive en la mentira, esclavo: para ser libre, necesita ser discípulo (Jn 8, 31-32). La gracia libera de la esclavitud del pecado con el arrepentimiento. Amar el arrepentimiento, es odiar el pecado, rechazo que es el primer paso de encuentro con el Señor, de reconciliación con Él.

Reconocerse pecador es aceptarse como se es: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (1 Juan 1,8).

No se puede predicar el Evangelio y vivir diferente a lo que se habla: es fingir cualidades o ideas que se tienen, inconsecuente con su Palabra y "le hacemos a él mentiroso, y su palabra no Está en nosotros" (1 Juan 1,10).

Segundo paso: transfigurarse en Cristo

El camino a la conversión consiste en conocer a Cristo y tener su forma de vida: «Nada juzgué digno sino de conocer a Cristo y a éste crucificado» (1Cor 2,2). «Vivo yo, ya no yo, sino Cristo vive en mí» (Gál 2,20).

San Alberto Hurtado expuso: "Para unos, la imitación de Cristo se reduce a un estudio histórico de Jesús. Lo estudian. Leen el Evangelio, investigan la cronología, se informan de las costumbres del pueblo judío. Un estudio científico, poco espiritual, frío e inerte. Para otros, la imitación de Cristo es un asunto especulativo: ven un Jesús gran legislador; solución a todos los problemas humanos, el sociólogo por excelencia, el artista que se complace en la naturaleza, que se recrea con los pequeñuelos. Le contemplan, le admiran, pero no mudan su vida".

"Otro grupo de personas creen imitar a Cristo preocupándose por la observancia de sus mandamientos, fieles observadores de las leyes divinas y eclesíásticas, escrupulosos en la práctica de ayunos y abstinencias. Contemplan la vida de Cristo como un prolongado deber y la vida



como un deber que prolonga el deber de Cristo. **Su foco atención no es Cristo, sino el pecado.** El sacramento esencial en la Iglesia no es la Eucaristía ni el bautismo, sino la confesión. La única preocupación es huir del pecado. Imitar a Cristo es huir de los pensamientos malos, de todo peligro, limitar la libertad a todo el mundo Fue la actitud de los fariseos, no la de Cristo".

"Para otros, la imitación de Cristo es el gran activismo apostólico, la multiplicación de esfuerzos en el apostolado, obras y más obras, reuniones y asociaciones. Algunos sitúan el triunfo del catolicismo únicamente en actitudes políticas. Para otros, lo esencial la gran procesión de antorchas, el *meeting* monstruo, la fundación de un periódico. **Todo es necesario, pero no es lo esencial del catolicismo.**"

La imitación de Cristo consiste en vivir la vida de Cristo, actitud interior y exterior de hacer lo que Cristo haría si estuviese en mi lugar. Inicia con asimilarse a Él por la gracia, que es participación de la vida divina. Y luego, actuarla continuamente con todas las virtudes que Cristo practicó, en particular por la caridad, virtud más amada de Cristo.

Tercer paso: aprender de los santos

La Iglesia Católica tiene canonizado más de 5000 santos, 800 solo con nombres que comienzan con la letra a. Veamos algunos ejemplos de conversión.

San Agustín. "Toma y lee. Toma y lee"

Como muchos santos, la conversión se produce en momentos de crisis personal, es así como a San Agustín, estando en el jardín de su residencia de Milán, escuchó una voz procedente de una casa vecina, cantando como si fuera un niño o niña, repitiendo una y otra vez: "Toma y lee, toma y lee". Él interpretó aquellas palabras como si fueran un mandato divino, abrió la Biblia y leyó el primer pasaje que se ofreció a sus ojos: "Nada de comilonas y borracheras; nada de lujurias y desenfrenos; nada de rivalidades y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias" (Rom. 13, 13-14).

San Agustín tenía más de treinta años y confiesa en el Capítulo XII de sus Confesiones su desconcierto y esclavitud de la lujuria. Pero, a partir de ese instante, toda sombra desapareció.

San Francisco de Asís: convertirse a Cristo.

La biografía de San Francisco muestra la conversión como un regalo de Dios. El joven Francisco estaba «ansioso de gloria» y Dios usó aquella inclinación para atraerlo y pasar de la sed de vanagloria a la verdadera, que lleva a Francisco a cambio total. El Crucifijo de San Damián habla a Francisco y le confía una tarea de servicio. Convertirse a Cristo es orientar toda su andadura espiritual en el corte que deja su «vida de pecados» y entre en una «vida de penitencia», que «el Señor le condujo entre los leprosos».

Santa Edith Stein: abrazar la cruz con el amor igual al de Cristo.

"No se puede adquirir la ciencia de la Cruz más que sufriendo verdaderamente el peso de la cruz. Desde el primer instante he tenido la convicción íntima de ello y me he dicho desde el fondo de mi corazón: Salve, oh, Cruz, mi única esperanza".

"Mártir de amor", en 1999 fue declarada co-patrona de Europa. Peregrinó del judaísmo al catolicismo y de la vida intelectual a la contemplación como carmelita descalza. Murió en las cámaras de gas del campo de concentración de Auschwitz. Tras el desencanto del judaísmo y descubrió el atractivo católico en los ritos fúnebres, que encomendaban a las almas a la misericordia de Dios. Estudió filosofía en Göttingen. En 1914, muchos de los amigos de Edith fueron al frente. Ella se alistó como enfermera voluntaria. En un hospital austriaco, atendió soldados con tifus, con heridas. El contacto con la muerte le impresionó. Recibió la Medalla al Valor por su trabajo en el hospital. No tenía fe. Leyó La Vida de santa Teresa de Jesús y concluyó: "¡Esto es la verdad!".

Le fue duro decírselo a su familia. Edith era el orgullo de su madre, que se derrumbó y echó a llorar cuando su hija se reclinó en su regazo y le dijo: "Madre, soy católica". Edith la consoló como pudo, e incluso la acompañaba a la sinagoga. Ingresó a las carmelitas descalzas. En 1939, se traslada al convento de Echt, en Holanda. En la primavera de 1940, Holanda es ocupada por los nazis y recluida en Auschwitz entregó su alma al Señor el 9 de agosto de 1942.

Cuarto paso: reflexionar medir la propia conversión

San Agustín, comienza su fase de conversión a los 32 años, San Francisco a los 23, Santa Edith Stein, a los 31. ¿Quién se atreve a decir que ya hizo suficiente, que ya es bastante perfecto y ya convertido del todo? El camino de la conversión es acercarse a la perfección de Dios y abandonarse su misericordia.

La misericordia de Dios tiene horizontes incomprensibles. Pecamos una y otra vez, nos arrepentimos y cometemos las mismas faltas.

La misericordia de Dios es la perfección del amor, que envió a su propio Hijo a la cruz para el perdón de nuestros pecados. Su justicia nos condena y su misericordia nos salva. ¿Tenemos derecho a su misericordia? "Habrán más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por 99 justos que no tengan necesidad de conversión" (Lc 15, 7).



El evangelio nos da la Buena Noticia que Cristo Jesús vino a consolar a los afligidos, a sanar a los enfermos, a perdonar a los pecadores. Todos necesitamos la salvación del pecado y el perdón. **Todos necesitamos mejorar como hombres nuevos.**

Las tentaciones de Jesús y la conversión

Benedicto XVI
Catholic.net

¿Es hoy la conversión más difícil? ¿Bloquea el consumismo y la visión solo material el regreso de la mirada hacia Dios? El papa Benedicto XVI aclara con nitidez cómo salir de la burbuja que anestesia el alma y cómo descubrir el cambio del corazón en una sociedad lejana del Evangelio.



Cuarenta días nos preparan a la celebración de la Santa Pascua, tiempo de empeño en nuestro camino espiritual. El número cuarenta se repite varias veces en la Sagrada Escritura. En especial, recuerda los cuarenta años que el pueblo de Israel peregrinó en el desierto, largo período de formación para convertirse en el pueblo de Dios, pero también larga tentación de ser infieles a la alianza con el Señor. Cuarenta días también de camino del profeta Elías para llegar al Monte de Dios, el Horeb, y de Jesús en el desierto antes de iniciar su vida pública, donde fue tentado por el diablo.

El desierto donde Jesús se retira es lugar del silencio, de la pobreza, donde el hombre está privado de los apoyos materiales y se halla frente a las preguntas fundamentales de la existencia, impulsado a ir a lo esencial y donde le es más fácil encontrar a Dios. Pero el desierto es también el lugar de la muerte, pues no hay vida donde no hay agua. Es el lugar de la soledad, donde se siente más intensa la tentación. Jesús va al desierto y ahí sufre la tentación de dejar el camino indicado por el Padre para seguir otros senderos más fáciles y mundanos (cf. Lc 4, 1-13). Él carga nuestras tentaciones, lleva nuestra miseria para vencer al maligno y nos abre el camino hacia Dios, el camino de la conversión.

Reflexionar sobre las tentaciones de Jesús en el desierto invita responder una pregunta fundamental: ¿Qué cuenta de verdad en mi vida? En la primera tentación, el diablo propone a Jesús que cambie una piedra en pan para satisfacer el hambre. Jesús rebate que el hombre vive también de pan, pero no sólo de pan. Sin una respuesta al hambre de verdad, al hambre de Dios, el hombre no se puede salvar (cf. vv. 3-4).

En la segunda tentación, el diablo propone a Jesús el camino del poder: le conduce a lo alto y le ofrece el dominio del mundo, pero no es éste el camino de Dios: Jesús tiene bien claro que no es el poder mundano lo que salva al mundo, sino el poder de la cruz, de la humildad, del amor (cf. vv. 5-8).

En la tercera tentación, el diablo propone a Jesús que se arroje del alero del templo de Jerusalén y que le salve Dios mediante sus ángeles, o sea, que realice algo sensacional para poner a prueba a Dios mismo, pero la respuesta es que Dios no es un objeto al que imponer nuestras condiciones: es el Señor de todo (cf. vv. 9-12).

¿Cuál es el núcleo de las tres tentaciones que sufre Jesús? **La propuesta de instrumentalizar a Dios, de utilizarle para los propios intereses**, para la propia gloria, para el propio éxito: ponerse uno mismo en el lugar de Dios, suprimiéndole de la propia existencia y haciéndole parecer superfluo. Cada uno debe preguntarse: ¿Qué puesto tiene Dios en mi vida? ¿Es Él el Señor o lo soy yo?

Superar la tentación de someter a Dios a uno mismo y a los propios intereses o de ponerle en un rincón y convertirse al orden justo de prioridades es dar a Dios el primer lugar, camino que cada cristiano debe recorrer repetidamente. «Convertirse» es una invitación que escucharemos muchas veces en



Cuaresma, que significa seguir a Jesús para que su Evangelio sea guía concreta de la vida; significa dejar que Dios nos transforme, dejar de pensar que somos los únicos constructores de nuestra existencia; significa reconocer que somos creaturas, que dependemos de Dios, de su amor, y que sólo «perdiendo» nuestra vida en Él podemos ganarla. Esto exige tomar las decisiones a la luz de la Palabra de Dios. Hoy no se puede ser cristiano por vivir en una sociedad que tiene raíces cristianas: también quien nace en una familia cristiana y es formado religiosamente debe, cada día, renovar la opción de ser cristiano, dar a Dios el primer lugar, frente a las tentaciones de una cultura secularizada le, frente al juicio crítico de muchos contemporáneos.

La sociedad somete al cristiano a pruebas. No es fácil ser fieles al matrimonio cristiano, practicar la misericordia cotidiana, dejar espacio a la oración y al silencio interior; no es fácil oponerse públicamente a opciones que muchos ven obvias, como el aborto, la eutanasia o la selección de embriones. La tentación de orillar la propia fe está siempre presente y la conversión es la respuesta a Dios que necesita confirmarse varias veces en la vida.

Las conversiones de San Pablo en el camino de Damasco o de San Agustín llaman en nuestra época de eclipse del sentido de lo sagrado. La gracia de Dios actúa y obra maravillas en la vida de muchas personas. El Señor no se cansa de llamar a la puerta del cada quien en contextos que parecen engullidos por la secularización, como ocurrió con el ruso ortodoxo Pavel Florenskij: tras una educación

agnóstica, hasta experimentar auténtica hostilidad hacia las enseñanzas religiosas impartidas en la escuela, el científico Florenskij llegó a exclamar: «¡No! ¡No se puede vivir sin Dios!». Y cambió su vida: tanto que se hizo monje.

La capacidad de oponerse a las lisonjas ideológicas de su tiempo, buscar la verdad y abrirse al descubrimiento de la fe, está testimoniada en la estadounidense Dorothy Day: confesó haber caído en la tentación de resolver todo con la política y la propuesta marxista: «Quería ir con los manifestantes, ir a prisión, escribir, influir en los demás y dejar mi sueño al mundo. ¡Cuánta ambición y cuánta búsqueda de mí misma había en todo esto!». **El camino hacia la fe en un ambiente tan secularizado le fue particularmente difícil, pero la Gracia actúa igual**, como ella misma subrayó: «Es cierto que sentí más a menudo la necesidad de ir a la iglesia, de arrodillarme, de inclinar la cabeza en oración. Un instinto ciego, se podría decir, porque no era consciente de orar. Pero iba, me introducía en la atmósfera de oración». Dios la condujo a una adhesión consciente a la Iglesia, a una vida dedicada a los desheredados.

Hay actualmente conversiones como regreso de quien, después de una educación cristiana, tal vez superficial, se ha alejado durante años de la fe y después redescubre a Cristo y su Evangelio. En el Libro del Apocalipsis, leemos: «Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. **Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa** y cenaré con él y él conmigo» (3, 20). Nuestro hombre interior debe prepararse para ser visitado por Dios y, precisamente por esto, debe descartar los espejismos, las apariencias, las cosas materiales.

En Cuaresma, renovamos nuestro empeño de conversión para superar la tendencia a cerrarnos en nosotros mismos y hacer espacio a Dios, mirando con sus ojos la realidad cotidiana. Aplicar este cambio ahora en tiempos de Pascua.

La alternativa entre el cierre en nuestro egoísmo y la apertura al amor de Dios y de los demás se corresponde con la alternativa de las tentaciones de Jesús: alternativa entre poder humano y amor a la cruz, entre una redención vista en el bienestar material y una redención como obra de Dios, a quien damos la primacía en la existencia. **Convertirse significa no encerrarse en la búsqueda del propio éxito, del propio prestigio, de la propia posición, sino hacer que cada día, en las pequeñas cosas, la verdad, la fe en Dios y el amor, se transformen en el anhelo** más importante.

Un joven mexicano relata su conversión de la vida gay

Religión Libertad

Guillermo Márquez testimonia cómo se da el cambio, la conversión: «Conozco ambos caminos y sé que, por el camino del estilo de vida llamado gay, nadie puede ser feliz».

Coordinador de *Courage Latino* en Querétaro, México, fundó y perteneció a un grupo "con características similares a las que tiene el grupo del P. (Robert) Coogan", de la Comunidad San Elredo, en Saltillo. Sin embargo y con el paso del tiempo, decidió abandonarlo, pues "me di cuenta de que no podía estar bien con Dios y la Iglesia si mantenía un estilo de vida homosexual".

Guillermo Márquez relató su proceso de conversión y explicó que "Dios me fue guiando, a través de los consejos de los sacerdotes que consultaba, de que el camino de una vida sexual activa, aún con una sola persona de mi mismo sexo, no me podría traer felicidad".

"Poco a poco me fui dando cuenta de que, cuanto más tiempo pasaba sin tener relaciones sexuales, mejor me iba sintiendo, más feliz, más estable. Así que me comenzó a llamar la atención y a atraer la vida de castidad. **Ha sido un proceso largo, a veces difícil, pero seguro, de maduración emocional y espiritual**".

Márquez dijo que abandonó el estilo de vida homosexual y, con ello, el primer grupo en el que se encontraba similar a la comunidad San Elredo de Saltillo, ya que éste "se iba convirtiendo en un grupo social. Se permitía la entrada de parejas del mismo sexo. Si bien no se fomentaba el que se formaran nuevas parejas, tampoco se les pedía que no fueran en busca de pareja".

El fundador del grupo San Elredo de la diócesis de Saltillo, P. Robert Coogan, había explicado que apoyaba las uniones homosexuales y expresado diversos cuestionamientos a lo que enseña la Iglesia a través del Catecismo, explicando que el grupo que dirige cuenta con el respaldo del Obispo Raúl Vera.

Guillermo Márquez manifestó que en el primer grupo al que perteneció "los temas espinosos sobre moral sexual, castidad, etcétera, no eran mencionados para no entrar en debate o provocar problemas entre los integrantes del grupo". Este proceso de conversión llevó a Guillermo Márquez a *Courage Latino*, e ingresó a inicios de 2008 con un retiro.



"Este retiro fue muy importante para mí. Como ya andaba en un camino de descubrimiento de la castidad, me permitió finalmente encontrar lo que andaba buscando: **un apostolado en que hay personas con los mismos objetivos que yo, con aspiraciones similares de creer en Cristo, pero también de creerle a Cristo**".

En *Courage Latino*, Guillermo encontró "que la Iglesia Católica no me rechaza ni me abandona, que la homosexualidad no es genética ni nadie nace siendo homosexual. Que no somos gays u homosexuales, sino hombres y mujeres con atracción al mismo sexo".

El líder de *Courage Latino* en Querétaro señaló además que "conozco ambos caminos y sé que, por el camino del estilo de vida llamado gay nadie puede ser feliz. Es un camino lleno de inseguridad, miedo, insatisfacción, vacío profundo, enojo y, en muchos casos, lleno de promiscuidad, adicciones al sexo, a la pornografía, a las drogas y al alcohol, y a la búsqueda interminable de amor a través de relaciones destructivas y de codependencia".

Guillermo también precisó que en *Courage* "condenamos rotundamente cualquier signo de discriminación injusta, cualquier atropello, ofensa o agresión hacia personas con atracción hacia el

mismo sexo. Esto no puede ser tolerado en ningún círculo público, mucho menos cristiano”.

“*Courage Latino* es fiel a la enseñanza de la Iglesia Católica. Pero no se reduce a vivir castamente. *Courage* quiere que seamos mejores cristianos, buscando el crecimiento, la integración y la alegría. Y, para ello, usa la enseñanza de la Iglesia. **La meta es la santidad**”.

La pasión por la verdad, clave en la vida de San Agustín

Vatican Information Service

El papa Benedicto XVI explica las tres grandes etapas por recorrer en el camino de conversión de san Agustín, como propuesta que cada uno puede transitar para cambiar a una vida más cercana a la de Jesucristo.

“Las conversiones de Agustín constituyen una grande y única conversión en la búsqueda del rostro de Cristo y en el caminar junto a Él”. Y la **“primera conversión** fundamental” fue el camino interior hacia el cristianismo, hacia el “sí” de la fe y del Bautismo (...). Agustín estaba atormentado por el tema de la verdad (...). Quería encontrar la vida recta y no vivir ciegamente sin sentido, sin meta. **La pasión por la verdad fue la palabra clave de su vida**”.

“Siempre había creído, a veces más bien vagamente, a veces de manera más clara, que Dios existe y que nos cuida. Pero la gran lucha interior de sus años juveniles consistió en conocer de verdad a ese Dios y familiarizarse con Jesucristo, hasta llegar a darle un sí con todas las consecuencias».

Benedicto XVI explicó luego la **“segunda conversión”** de san Agustín, que tuvo lugar después de su bautismo en Hipona, África, donde fundó un pequeño monasterio y pensaba dedicar su vida al coloquio con Dios y a la contemplación. Sin embargo, fue consagrado sacerdote prácticamente a la fuerza, a petición popular: **“Tenía que vivir con Cristo para todos”**.

“La gran obra filosófica de toda una vida, que había soñado, se quedó sin ser escrita. En su lugar, nos dio algo más precioso: el Evangelio traducido al lenguaje de la vida cotidiana (...). Esta fue la segunda conversión, que realizó continuamente, luchando y sufriendo, para ponerse siempre al servicio de todos,

en todo momento, junto con Cristo, entregando la propia vida para que los demás pudieran encontrar en Él la verdadera Vida”.

Llega **“la tercera etapa**, decisiva en el camino de conversión”. Tuvo lugar cuando descubrió que “sólo uno es verdaderamente perfecto cuando las palabras del Sermón de la Montaña se realizan totalmente en una persona, que es el mismo Jesucristo. Sin embargo, toda la Iglesia, todos nosotros, incluidos los apóstoles, tenemos que rezar cada día: “Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofende”.

“Agustín había aprendido un último nivel de humildad, no sólo la humildad de introducir su gran pensamiento en la fe de la Iglesia, no sólo la humildad para traducir sus grandes conocimientos en la sencillez del anuncio, sino también la humildad para reconocer que, tanto él como toda **la Iglesia peregrina, necesitan continuamente la bondad misericordiosa de un Dios que perdona**. Y nosotros nos hacemos semejantes a Cristo, el Perfecto, en la medida más grande posible, cuando nos convertimos, como Él, en personas de misericordia”.

